



8

Rojas

Recibida a D^{no} Eduardo Ferrera
Director de El Imparcial

5 Agosto de 1927.

1

Recuerdos añejos

Hará próximamente un medio siglo ya, que ingresaba a la Universidad Mayor de la República, según se llamaba a esta institución pomposamente. Si bien llevaba mis matrículas en el bolsillo, no me hubiese sorprendido de que alguien me hubiese dicho: "Cómo se atreve Vd, chiquilín, a entrar a la Universidad Mayor de la República!", y Dado que era yo el más sorprendido, quizá hubiese dicho: "Disculpe, señor; me equivoqué. Yo iba a casa de un vecino"; y de ahí me hubiese ido a consultar el punto, a fin de saber a qué atenerme.

Claro que uno se va acostumbrando a todo, se familiariza y hasta se pasa al patio, según la frase criolla, fácilmente. Es así que en pocos días entraba yo ahí como a mi casa, y en vez de asistir a las clases, más de una vez, me iba a jugar un partido de carambola, a una sala de billar que había se instalado alevosamente en la esquina de Maciel y Washington, esto es, a dos pasos de la gran escuela. No era raro, que, poco a poco nos hubiese-mos ido familiarizando también con la sala de billar, y que, de entrada, sin antes palpar los bolsillos, pidiésemos un "guindao con limonada".

Algunos llegaban a quedarse a almorzar en el barrio, pretestando a la familia la perentoria necesidad de asistir a las clases de la tarde, y a la imposibilidad física de hacer un viaje ^{para tomar el almuerzo} a la casa propia. Cuando no era el padre era la mamá que tomaba el pleito como cosa suya, y llegaba a conseguir de su cónyuge que se le pasaran dos o tres reales al alumno, para que pueda hacer sus estudios en regla, temeroso, el menos malicioso de ambos, ^{de una omisión al respecto} que tal cosa pudiese cortar la carrera al muchacho, al pobre muchacho. Uno de ellos iba a un fondín, después de haber perdido al billar y en guindado sus realitos, y se hacía servir un par de huevos fritos como almuerzo. No se atrevía a pedir más, porque el fondero, un italiano encantador, de una bondad insuperable, si bien estaba dispuesto a darle ese almuerzo a crédi-



to, acaso no hubiese llegado a más. Había que ser discretos.

Este cliente, el cual me lo ha contado, al salir, después de ingerido su almuerzo espartano, decía:

- ¡Apunte!..

Con eso se marchaba, y quedaba sonriendo el fondero, informado de la verdadera situación que le creaba el cliente, pues no era tonto.

Después de muchos almuerzos, al dar la orden de "apunte", militarmente, ya iba marchando rumbo ~~de~~ la puerta, ^{cuando} que el italiano se saca la pipa de la boca, riendo alegremente, y le dice:

- Ma don Ricardo: ¡apunte! ¡apunte! ¡Mande hacer fuego de una vez!...

Y quedó riéndose de la gracia.

Yo estaba matriculado en Latin, Matemáticas y Geografía. Aquello era deliciosamente patriarcal. Las clases daban la impresión de algo que se pasa en familia. Los profesores eran excelentes, de todo punto de vista, y de una gran tolerancia, como si se dijese que la primera cosa a cuidar era el encanto de la juventud y la alegría.

El doctor Garzón, y Giralt, eran los profesores de Latin. Al primero, con quien me tocó estudiar, y trabajar después en la Fiscalía de Hacienda, el doctor Manuel Garzón, es una de las personalidades más conspicuas por su preparación, su rectitud y bonhomía que me ha sido dado encontrar. Don Adolfo Pedralbes y don Eduardo Olascoaga eran los profesores de Matemáticas, ambos bondadosos, si bien más severos, y el de Geografía era alguien que por desgracias de familia habíase dado a la bebida. No recuerdo su nombre, pero debimos ir más de una vez a buscarlo a un almacén de las proximidades, para que ~~xi~~ nos diese la clase. El exigía que no lo acompañásemos, por temor de un tumulto, y el infeliz llegaba triste, a darnos su clase.

Declaro que si al ingresar a la Universidad sentí ^(no sin cierta aprensión) lo que podría llamarse un presentimiento de ^{formal,} (hombria, poco después iba comprendiendo que era



3

tal cosa ~~algo~~ demasiado prematura, y cada día me he ido afirmando más y más en esta impresión, a fuerza de vivir. Cada vez creo más en que hay que guardar cuanto nos sea posible la juventud, la del alma por lo menos.

El edificio, rectangular, ubicado en la esquina de Sarandí y Macial, fue un convento, y es de la época colonial. Estaba unido a la Iglesia de los Ejercicios, que según me dijeron consistían en aplicarse mortigazos a la espalda, en una ronda de frailes que se desnudaban hasta la cintura: esa era la penitencia o ejercicio que había de propinarles ^{su} entrada al paraíso celeste. Yo no puedo hacer una afirmación precisa, y me limito a referir lo que se me dijo.

Como una consecuencia de aquel destino conventual, ofrecía el edificio gran patio, amplios corredores, grandes salas y pequeñas celdas. Hasta no ha mucho podía verse un gran ciprés secular dentro de su jardín. Se narraba también que estando la entrada del púlpito de la iglesia en ^{uno de los} el corredores de la Universidad, los muchachos habían dado bromas al cura, sacándole la escalera de acceso, mientras pronunciaba el sermón, *bromas esas pesadas.*

Había un gran caudillo entre la muchachada a la época de mis estudios: se llamaba Prudencio Vasquez y Vega, al que se escuchaba como a un hermano ^{no solo} mayor. ^{Sino muy generoso, amable, estructurado,} El era muy inteligente) y se había hecho querer por su gran bondad. Todos, hasta las autoridades, no ya los profesores, lo consideraban como una respetable entidad universitaria, y como una gran esperanza para el país. Era criollo, muy criollo, y recuerdo, entre otros detalles, que en la época de Latorre, cuando los representantes de la autoridad habían logrado un ascendiente extraordinario por su rigor, viendo que un celador sacaba el machete para imponerse a los muchachos en una discusión con un naranjero, se dirigió como un tigre hacia aquél, le arrebató el machete y le dio unos planchazos que hubo de guardar con el ^{celador} machete, así que se lo devolvió con



elegancia, y hasta con sonriente cortesía, después de haber castigado su brutalidad. Como no tomarle simpatía, *! Era el idolo de los muchachos !*

Habia números bien pintorescos, en aquella vieja universidad. Recuerdo entre otras cosas que un estudiante imitaba de tal modo el sonido del pistón, haciendo de la mano como si fuese el instrumento, que hasta los profesores más circunspectos se ~~placian a~~ ^{determinan a} escucharlo. Se comprende que tal cosa lo iba preparando para los exámenes, aunque no fuesen de música, puesto que formaba así ^{a su favor} una predisposición considerable a la benevolencia. Parecía hacer este cálculo: "Una de dos; o toco el pistón, y esto me quita tiempo para mis estudios, - circunstancia eximente - o dejo de tocarlo y Vdes deberán privarse de dicho soláz, a fin de ^{podet} usar de severidad para conmigo" Claro que todos preferían oír el pistón, puesto que lo otro tanto da. Que haya uno más o uno menos, poco cuenta; lo sensible es que haya algunos que nada saben, ^(ni el pistón,) y asimismo van adelante.

El Rector gozaba de un prestigio extraordinario en los claustros universitarios. Al entrar, todos quedaban como en misa, y solo los más destacados se atrevían a dirigirle la palabra. La tertulia del Rector era ^{ordinariamente} constituida por los profesores y el secretario, doctor Enrique Azarola, que sucedió al inolvidable ^{doctor} Perelló, y a veces, alguno de los estudiantes que brillaban por una u otra razón. Era la época de Batlle, ^{Soca, Regules, Campisteguy, William} Dominguez, Lopez Lomba, ^{Acavedo, Castro, Guill? Melian Lafinur, Eudoro Sorin (su hermano)} Gomez Palacios, Apolinario Perez, y Gregorito, muy travieso, ^{(los Reyes,} Pastori, los Rodriguez, Herrero Espinosa, ^{Sarachaga, Barcia, Basta,} Campisteguy Ortiz, Terra, (Arturo, pues Gabriel es posterior) ^{ya} y Duvimioso era profesor de Derecho Civil, debiendo decirse que era el más joven de los profesores, y no poco brillante) etc etc, y ahí se hacía una vida bulliciosa, llena de bríos, al preparar ^{actual fuertemente} tantos que después debían destacarse en el escenario público. Los estudiantes de derecho ya iban desprendiéndose de nuestros cenáculos, como Luis Melián Lafinur, Carlos Maria de Pena, ^{Vidal,} Esequiel Garzon, Pein, etc, si bien se cursaba la jurisprudencia en el mismo local, lo que daba a la institución un aspecto más pintoresco aun. ^{Vazquez y Paga, Vidal, y otros y Santa Anna} desaparecieron cuando más se esperaba en ellos.



5 (5)

Otro caudillo era Elias Regules, ^{ya} mas no dentro de la numerosa muchacha da universitaria, sino dentro de un pequeño nucleo. Si aquella tumultuosa legión estudiantil, que disputaba y se agitaba febrilmente, discutiendo y ^{algunas vez hasta} solucionando en duelos sus divergencias, ^{(-que asi se le llamaba-} Elias) juntaba a unos cuantos en su casa, una antigua casa baja situada en la calle del Yí, a hacer sus repasos. ^{Justo Reyes,} Allá íbamos con Scoseria, los Rodriguez, Guillermo Melian Lafinur y no recuerdo quién más. Ahí nos dábamos el pisto de estudiantes empeñosos, bien que no lo fuesen todos por igual, yo entre otros. Había un laboratorio de química bastante rudimentario, el que era manipulado por Scoseria, y Elias ^{apenas llegado a su casa,} previa su transformación en paisano, ese sí era un estudiante de los más serios, inteligentes y empeñosos, también con una individualidad más perfilada, ^{a lo} acaso por su propio apego criollo, que quería cotizarlo como una fuerza a considerar, y considerable por cierto.

Al graduarse, en aquellos días, se estilaba subir a una tribuna, vestidos los graduandos, de gran rigor y con un gorro de terciopelo ^{negro,} ~~verde~~ con con borlas y flecos verdes ó rojos, según se recibieran de bachilleres o de doctores en jurisprudencia. El acto era público, y se revestía de gran solemnidad. Cuando le tocó el turno a Elias Regules, como bachiller, sube muy gravemente a la tribuna, y ahí ya cuadrándose a la criolla, pronunció su proposición, que, palabra mas o menos, decía: "Es un vejamen que en este siglo se le imponga a un estudiante una indumentaria tan ridícula como esta, nada menos que en la Universidad Mayor de la República" Todos se miraron como si hubiese explotado una bomba anarquista, y se produjeron los ^{(aun antes de aquilatar} comentarios consigüentes ~~X~~ tañaña audacia. Recuerdo que el Rector, que lo era el eximio poeta don Alejandro Magariños Cervantes, con gran emoción pronunció unas palabras alusivas a este acto de temeridad, si bien cariñosas, pues él amaba a los estudiantes, como Rector y profesor, ^{palabras,} mas no menos dispuestas a censurar ^y la actitud de un joven que se yergue de golpe con



(6)

tra una costumbre tradicional y nada menos que en una institución tan seria como lo era la Universidad Mayor de la República.

Si hubiese vivido don Alejandro, ya habría visto muchas otras ^{rebeliones e} insubordinaciones, y sonreiría de ésta, la que, al fin, hasta creo que se inspiraba ^{a la vez} también en el deseo de no poner tan en figurillas a los pobres estudiantes pobres, que los había también, y algunos tanto!

Fue en esos días que se fundó la Facultad de Medicina, que tanto honor debía reflejar sobre el país. Parece increíble que con aquellos comienzos haya podido generarse el cuerpo médico nacional; y esto viene a corroborar una vez más que no es el local ni el aparato lo que determina el secreto de la enseñanza, sino su orientación, ^{y su enjundia.}

Nos trepábamos por una puerta para ^{por los vidrios de su banderola,} ver lo que ocurría en una pieza del edificio, ^{la} que estaba comprendida en la parte destinada a la nueva escuela de Medicina y que hasta entonces formaba dependencia de la iglesia de los Ejercicios, del lado de la calle Sarandí. Al correrse la noticia de que ya había ahí cadáveres, en aquellos días en que los muertos parecían ^{entidades} ser ~~xxxxx~~ prodigiosas, y temibles, ya fue la preocupación más honda de los estudiantes el saber en qué había de parar todo esto, tan lleno de misterio y novedad.

Se trataba de ^{pruebas} ~~los trabajos~~ de disección anatómica que debían presentar los concursantes al profesorado en la cátedra de Anatomía, que lo eran el doctor José Masriera, un español ya muy añoso, y el doctor Julio Jourkousky, polaco, que ejerció ^{ver} por muchos años la medicina en nuestro país. Pudimos por los vidrios de la banderola el trabajo de Masriera. Recuerdo que sobre un joven mulato había disecado su garganta y su pecho, y que había ligamentos que parecían hechos con cintitas de color. Esperamos a ver lo haría Jourkousky, pues nos parecía insuperable la hazaña de Masriera. A él le tocó ~~un~~ viejo lotero, cuyo tronco permaneció varios días en una tina, y



2

que desapareció sin que pudiésemos ver en que había parado su preparación, todo lo cual comenzaba a interesarnos ya como si hubiésemos de fallar el concurso. Va sin decir que supimos que el concurso fue decidido a favor del doctor Jourkousky, el cual desempeñó por mucho tiempo la cátedra de Anatomía de la incipiente Facultad actual, tan copetuda hoy, y con tanta razón.

Poco a poco se nos hizo familiar ir de paso a la Facultad, para cerciorarnos de sus ocurrencias, y ya mirábamos a los muertos, aun cuando estuviesen descuartizados, sin gran emoción, lo que nos fue haciendo comprender lo que se llama insensibilidad del médico, en primer lugar, y, después, que uno se acostumbra a todo.

No era poco interesante seguir también de paso las ocurrencias estudiantiles, entre cuyas hazañas puede citarse una bastante ingeniosa y audaz. No diré que tenga gracia, si bien para los de afuera siempre la tiene lo que sorprende y causa malhumor a los demás. Como uno de los profesores era tan flojo como vanidoso, arregláronse los estudiantes de manera que en lo mejor de su disertación recibiese un baño de lluvia ahí mismo, sobre la tarima; y así fue. Puede imaginarse que esto produjo su separación del profesorado, que era justamente lo que buscaban los estudiantes. Pero allá ellos que cuenten sus hazañas. Yo solo quise fijar algunos recuerdos, al correr de la pluma, para dar, aunque sea así, someramente, una idea de aquellos días montevideanos que viví siendo muchacho, en la vieja Universidad de la calle Maciel, donde hice toda mi carrera.

Quando me recibí de abogado, ya lo hice en ^{que era a la sazón el} el nuevo local de la calle Uruguay. Puede decirse que salíamos apenas de los tiempos heroicos. Todavía los celadores llevaban su kepi sobre una ceja, melena, arrabalera, pues habían de cuidarse de que los pilluelos que anaban en bandadas disputándose el prestigio del mayor valor, a pedradas, les gritasen "cajetillas", según lo

hacían con nosotros, así que nos veían con pilchas nuevas o presumiendo de elegantes. Los celadores, por lo menos, tenían su gran machete, y en un dos por tres decían: ¡Marche! cuando no adobasen ^{(algun} planchazo ^{de} su arma, bastante reputada. Los civiles no teníamos más defensa que la de seguir viaje, como si no hubiésemos oído, o sonreírles a los pilluelos para que nos dejaran pasar tranquilos.

La ciudad, ^{(baja aun,} por más que se la llamase "la coqueta del Plata" era triste y de exigua población; los Pocitos eran como el Sahara, y en la Playa Ramirez los escasos bañistas que se atrevían a tomar su baño ahí, a tanta distancia, debían desvestirse y vestirse en las peñas. Eran los días en que se inauguraban los tranvías a sangre ante la expectativa del vecindario, asombrado de semejante proeza mecánica, la de hacer de manera que un gran coche pueda rodar derechito por rieles de fierro; eran los días donde aun no podía don Alejo Rosell y Rius epatar a los vecinos con su auto minúsculo, el que asimismo metía más ruido que un camión; eran los días ^{(caniculares} en que el tambor matinal anunciaba las corridas de toros, allá cuando los cocheros del tranvía, con sus gachos compadrones y requintados, y su melena "con tocino", nos hacían oír algún trozo de ópera con sus cornetitas; hermosos días!

Paris 5 de Agosto de 1927



Pedro Figari